

fervor y nuestro celo. He aquí lo que exige la santidad de nuestro estado. Nos hallamos mas particularmente alistados en la milicia de Jesucristo para que trabajemos por su gloria. Hemos sido educados en el seno de la iglesia, para que algun día llegásemos á ser dignos ministros suyos. Así que debemos hacer revivir á vista de los fieles las virtudes de nuestro glorioso levita y protector, para que en nuestro ejemplo aprendan la idea que deben formar del nombre cristiano. Seamos pruebas vivas de nuestra santa religion por nuestro fervor é inocencia; y animados de aquel espíritu de fortaleza que en él resplandeció, imitemos del modo posible su valor en defender nuestra fe.

Y vosotros, fieles, ¿no os avergonzaréis de afrentar con vuestras costumbres el santo nombre que os distingue de los demas pueblos de la tierra? ¿Desconocereis la obligacion en que os hallais de mantener la dignidad de este nombre con vuestra vida pura y morigerada? El honor de la religion es un depósito que está en las manos de todos los que la profesan, del que se les pedirá muy estrecha cuenta. Es obligacion comun á todos los cristianos el animarse mutuamente á la virtud, y evitar los escándalos, de modo que estos sean tan raros como entre los primeros fieles. Bien así como hay en la iglesia una tradicion de sana doctrina, debe haber tambien una sucesion de costumbres santas. Las leyes del Evangelio no obligan ménos por ser mas antiguas, ni puede prescribir contra ellas la relajacion que se ha introducido entre nosotros. Verdad es que no todos son llamados como Lorenzo á la perfeccion del estado eclesiástico, ni á dar testimonio de su fe á costa de su sangre; es verdad que ya por la misericordia del Señor no estamos en tiempo de sufrir injustas persecuciones por conservar la fe; pero, como dice el Apóstol, siempre somos una estirpe escogida, una nacion santa, y un pueblo conquistado con la sangre de Jesucristo; y estos gloriosos títulos nos dan á entender que somos llamados á ser santos en este mundo, para poder ser eternamente felices en la gloria.

## SERMON

### DE SAN LORENZO MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN SAN LORENZO SE NOS MANIFIESTAN LOS MEDIOS PARA  
LLEGAR Á LA VERDADERA GRANDEZA.

*Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.*

El que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

*S. Juan, c. 12. v. 26.*

Por todo el mundo cristiano está extendida la gloria y en todas partes se recuerdan con aplauso los triunfos del esclarecido mártir san Lorenzo. ¿Qué podré yo decir en este dia destinado por la iglesia á solemnizar su memoria, y cómo he podido atreverme á ocupar un puesto y desempeñar un encargo que tan dignamente han ocupado y desempeñado los mas ilustres doctores y santos, y los mismos soberanos pontífices? ¿Qué diré del que siendo humilde, desconocido y despreciable á sus ojos mientras vivió en su cuerpo, ha extendido por todas las iglesias del mundo el suave olor de su nobleza y magnanimidad despues que fué despedazado por los tormentos y abrasado por las llamas, como dice san Ambrosio? ¿Qué diré de este héroe esclarecido de nuestra religion y nuestra patria, á quien los suplicios y tormentos hicieron tan célebre, tan conocido, tan admirable y tan venerado en todo el mundo, y cuyas alabanzas se han publicado por los hombres mas sabios y piadosos de todos los siglos?

El implacable tirano lleno de desesperacion y de envidia procuraba sepultar entre las sombras de una noche las obras prodigiosas, la constancia y alegría de san Lorenzo en los tormen-

tos, para que no se manifestasen al mundo ni fuese conocida su gloria, y para que á la vez no se hiciese pública su ignominia y confusion: pero nada pudo la prudencia de la carne contra las disposiciones del Señor. Públicas han sido y llenas de luz las obras y las palabras del santo mártir. Su gloriosa memoria, dice san Leon, se ha extendido por todo el mundo, desde donde nace el sol hasta donde se pone, y así como Jerusalem fué glorificada con el martirio de Estéban, así Roma se hizo célebre é illustre con el martirio de Lorenzo. No hay parte alguna del imperio romano, dice san Pedro Crisólogo, que ignore los grandes méritos y los esfuerzos del valor y la constancia de san Lorenzo. El mundo parece que ha formado un empeño en ensalzar y engrandecer á san Lorenzo y que sean públicas y conocidas sus obras admirables.

Y por qué habremos de admirarnos? ¿Por qué hemos de extrañar que el nombre de san Lorenzo se repita con gusto, se celebre con alabanzas, se honre con los mas sublimes elogios, que pase por todas las generaciones lleno de bendicion, si fué un ministro fiel de Jesucristo, y Jesucristo tiene dicho que el que le sirva será honrado por su Padre que está en los cielos? *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.* ¿Extrañaremos que los hombres publiquen sus glorias, cuando el mismo Dios ha tomado á su cargo el honrarle?

Confesemos pues y reconozcamos lo que todo el mundo confiesa y reconoce: la gloria con que el Señor ha querido que sea honrado san Lorenzo; lo mucho que le ha engrandecido en todos los tiempos en el cielo y en la tierra, delante de Dios y delante de los hombres; y en honor y mayor alabanza de este esclarecido santo, al paso que confesamos y nos congratulamos con él por su grandeza, demos una ojeada por su vida y por su muerte para descubrir los medios por donde llegó á conseguirla. Ocupacion propia de un cristiano, y que tan provechosa debe ser para las almas.

Á este fin encaminaré mi discurso, limitándome á manifestar que en san Lorenzo se nos descubren los medios propios y seguros para conseguir la grandeza verdadera. ¿Aspiramos á la gloria, á la elevacion, á las honras? Pues aprendamos en el ejemplar de san Lorenzo, y no nos equivoquemos en un asunto de tanta trascendencia.

Dignaos, Señor, asistirnos con vuestra gracia y dispensarnos

las luces que tanto necesitamos. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra Madre á quien decimos rendidamente: *Ave María.*

*Si quis mihi ministraverit...*

Fué tan glorioso el martirio de san Lorenzo, dice san Agustin, que con su pasion ilustró á todo el mundo. Su pasion pues, aquellos tormentos con que los tiranos pretendian acabar con su vida y borrar del mundo su memoria; aquellas crueldades con que en el esclarecido san Lorenzo procuraban sofocar al cristianismo y hacer enmudecer y obedecer ciegamente á sus impiedades al resto de los cristianos, fueron por divina disposicion y por un efecto del todo contrario al que se proponian los verdugos, los que engrandecieron al mártir de Jesucristo y los que sirvieron para ilustrar á todo el mundo. Iluminó á todo el mundo, dice el mismo san Agustin, pero con aquella luz de que él estaba encendido: con la luz de la fe que tan vivamente ardia en su alma. Con esta luz ilustró á muchos infelices que se volvieron al Señor y le adoraron; y con las llamas que sufrió dió calor á los corazones de todos los cristianos, que despues de él han imitado su ejemplo, han sufrido con gozo y alegría el ser arrojados á las llamas y padecer hasta espirar en medio de los tormentos mas atroces. Por eso, continuá en el elogio de este santo el padre san Agustin, por eso quiso el Señor que este esforzado jóven sufriese tanto y recibiese una muerte tan cruel, para exhortar con su ejemplo á los demas á que sean semejantes á él.

La sangre de los mártires, dice Tertuliano, es la semilla de nuevos cristianos. Y despues de la conversion de Hipólito y su familia en Roma en vista del valor de san Lorenzo, ¿no son innumerables los que se han convertido y se han entregado al servicio de Dios inflamados de las chispas que arrojan por todas partes los carbones con que fué atormentado? Donde quiera que se ha publicado la constancia de este invencible héroe de nuestra religion, ¿no se han levantado nuevos discípulos de Jesucristo y se han animado muchos á dar sus vidas por él? Con razon pues dice san Agustin que nada dañaron á san Lorenzo los tormentos cruellísimos que le hicieron sufrir sus perseguidores; que aquellos carbones que debajo de las parrillas sirvieron para atormentarle, han servido para iluminar á todo el mundo en la fe del

Dios verdadero; y que los suplicios mas horrorosos y terribles no han servido sino para hacerle mas ilustre, mas esclarecido, mas grande y mas glorioso.

La iglesia, no contenta con conservarnos los hechos, ha recogido hasta las palabras de nuestro esclarecido mártir. Con ellas, como con unas piedras preciosísimas de un valor inestimable, ha enriquecido el oficio divino que en honor suyo se lee en todo el orbe cristiano durante la octava, para que se conserven en perpetua memoria, para que sirvan de honor y gloria á nuestro santo, y de luz y ejemplo á la mas remota posteridad. El oro y la plata que san Lorenzo distribuyó á los pobres se conserva para todos los siglos, no solamente en los cielos á donde lo trasportaron las manos de los pobres, sino tambien en el erario de la iglesia militante en la tierra, donde los prelados y pastores, los sacerdotes y los legos pueden aprender á revestirse de entrañas de piedad y de misericordia. La cárcel en que por corto tiempo estuvo aprisionado, el sitio en que fué expuesto á los tormentos, el lugar en que fué sepultado se han convertido en templos consagrados á honor suyo; y los mismos instrumentos con que fué atormentado se han hecho mas apreciados que el oro, y objetos de la veneracion de los fieles: *in honorem transierunt triumphi etiam instrumenta supplicii*, dice san Leon. Las parrillas y demas instrumentos de suplicio han venido á ser trofeos gloriosos y honrosas señales de su triunfo.

¿Qué es pues lo que hace tan esclarecido y tan grande á este santo? Roma es testigo, dice san Agustin, de que la corona gloriosa de san Lorenzo está entretejida, no de variedad de flores, sino de la preciosa variedad de todas las virtudes. Si atendemos á su nacimiento, á nuestra España toca gloriarse de haberle visto nacer de unos padres nobles, virtuosos y santos; fué de una familia esclarecida, aunque jamas quiso hacer valer esta cualidad, y se presentó como si fuera de una familia despreciable. Por su dignidad llegó á ser arcediano de la santa iglesia de Roma, dignidad la primera despues del papa, por la que se merecia el mayor respeto. Pero apartando nuestra vista y consideracion de todo lo terreno, fijémosla en sus merecimientos, porque la nobleza delante de Dios, dice san Gerónimo, es el ser esclarecido en virtudes. ¿Y qué habremos de decir de estas, hablando de san Lorenzo, sino lo que él mismo dijo de sí: *Omnia in luce clarescunt*. Todo está patente á la luz. Su inocencia

y pureza de vida resplandeció como el oro puesto á las llamas. Salta de gozo en los tormentos, dice san Máximo, porque le animaba el refrigerio de su conciencia que nada tenia que reprehenderle. Cuál fuera su desprecio de todos los bienes terrenos; de todas las comodidades, diversiones, placeres y esperanzas de este mundo; qué fervoroso su celo y qué ardiente su deseo de defender la fe de Jesucristo, se conoce bien por la renuncia que hizo de su patria, de sus padres, de su herencia, de todas las comodidades y regalos que en la flor de su vida le presentaba el mundo; por haberlo dejado todo voluntariamente y haberse trasladado á Roma, donde la religion cristiana era perseguida, para oponerse y salir á su defensa. Sus costumbres irreprehensibles y su vida, mas bien de ángel que de hombre, nos las describe en dos palabras san Pedro Crisólogo diciéndonos: *Erat autem Laurentius pauper opibus, dives moribus*. Pobre en riquezas, porque para nada valen sino para viciar el corazon, para recargar el alma y estorbarla el que siga con lijereza por los caminos del Señor, para hacer muy difícil la salvacion eterna; pero rico en costumbres, que son los tesoros incorruptibles, lo que nos hace agradables al Señor y acreedores á sus recompensas: son el tesoro con que hemos de comprar el reino de Dios.

Qué pura y santa fuera su niñez y su juventud, se conoce bien por la educacion que recibió de sus piadosos padres. Fué educado con grande esmero por una madre tal, que acreditó con sus obras que tenia en su corazon profundamente arraigada la paciencia, y no se contentaba con tenerla solo en el nombre. Decoró la flor de su juventud con la púrpura de su sangre, dice san Agustin. Despreció al mundo cuando mas le halagaba. En su presencia, en sus obras, en su santidad manifestó bien, dice el mismo san Agustin, que ántes de sus tormentos y martirio estaba su alma llena de candidez y de pureza. Por esto la iglesia en el introito de la misa de su fiesta canta y le aplica las palabras que no aplica á algun otro, aplaudiendo su inocencia: *Confessio et pulchritudo in conspectu ejus; sanctitas et magnificentia in sanctificatione ejus. Igne me examinasti; et non est inventa in me iniquitas*.

Cuántas fueron sus virtudes, nos lo dice san Máximo cuando admirando su fortaleza nos afirma, que no podia vencer la multitud de penas y tormentos al que confortaba la multitud

de sus virtudes. Si la caridad es la mayor y la principal de todas ellas, ¿qué amor á Dios tan grande no se descubre en su corazón, qué amor tan grande no era necesario para sufrir con alegría y rebotando de gozo unos tormentos tan atroces por el nombre y la fe de Jesucristo? Solo un amor mas encendido que los carbones en que fué sacrificado pudo sufrir tanto tormento, no solo sin quejarse sino despreciando á los verdugos. Su amor al prójimo le manifestó bien con sus trabajos para traer á las almas al conocimiento del verdadero Dios y á la luz de la fe; con sus obras de misericordia, recibiendo á los peregrinos, lavando los piés á los pobres, visitando á los enfermos y socorriendo con abundantes limosnas á todo género de necesitados. ¿Quién, dice san Lorenzo Justiniano, es capaz de explicar el fervor de su caridad? Aun viviendo en la carne ya no habia cosa alguna carnal en su alma. Su celo por la gloria de Jesucristo ¿no le manifestó bien en el ansia de padecer por él? ¿A quién no edifican y conmueven las palabras de este esclarecido jóven al papa san Sixto? ¿Por qué me abandonas, padre mio? ¿Por qué vas al sacrificio sin que te acompañe tu diácono? ¿Por qué me dejas huérfano y desamparado? ¿Por qué ha de separarse el diácono del lado del pontífice en los momentos del mayor peligro? ¿Qué ansia, qué deseo tan grande, hermanos míos, de padecer por Jesucristo y defender su honor ultrajado! ¿Qué gozo el de san Lorenzo oyendo que seguirá á su santo padre dentro de tres días, y que ántes le esperan tormentos y pruebas mucho mayores, como á un jóven esforzado en quien Dios quiere hacer ver su poder! ¿A quién no llenan de asombro las respuestas llenas de sabiduría eterna que dió á los tiranos, el valor con que sufrió tantos y tan atroces tormentos, el celo con que defendió y dió gracias á su Dios en la vida y en la muerte? Ardió su cuerpo; pero no solamente no ardió su fe, ni se consumió, sino que consolaba al que ardía, dice san Pedro Crisólogo. Espiró en los tormentos siendo un ministro y discípulo tan fiel de Jesucristo, que no le abandonó en los días de la tribulación y la prueba, y el Señor por eso le ha honrado y engrandecido, no solamente en los cielos dándole una corona correspondiente á sus virtudes, sino tambien en la tierra haciendo que sea célebre su nombre y que aparezca grande y lleno de bendiciones en todos los siglos. *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.*

Se ve bien, amados míos, se ve bien en la lijera reseña que he hecho de la vida y muerte de nuestro santo, cuyo martirio por ser tan glorioso y extraordinario es tan conocido de todos los cristianos, que la virtud, la práctica y ejercicio de las buenas obras le dispuso á padecer, y que sus padecimientos por Jesucristo le hicieron tan grande y esclarecido. Que su celo, su amor fervoroso, su fe grande y encendida le hizo un ministro fiel de Jesucristo, digno de padecer por él, y que por eso el Padre celestial le ha llenado de gloria.

¿Queremos ser grandes nosotros y que nuestro nombre se escriba entre los escogidos? Pues entendamos como san Lorenzo que las almas redimidas con la sangre de Jesucristo no deben buscar ni poner su grandeza en las alegrías y placeres de esta vida, en el logro de los honores, de las dignidades y riquezas de la tierra, sino en padecer por Jesucristo, en las obras de la tribulación, en las miserias y persecuciones sufridas por Jesucristo; no en las obras de tinieblas, en las comidas y regalos, sino en las obras de luz, en seguir á Jesucristo, defender su honor y gloria, imitar sus virtudes y ser verdaderos siervos suyos en la vida y en la muerte.

No nos dejemos pues alucinar y arrastrar de las falsas ideas y ejemplos del mundo, que al fin conoceremos su engaño cuando palpemos nuestra desgracia eterna. Aspiremos por los caminos de la virtud á la grandeza sólida y verdadera, contemplando que al fin seremos honrados y engrandecidos por el mismo Padre celestial, y que unos pequeños momentos de pesar y tribulación nos acarrearán un peso de eterna felicidad.

En este día del triunfo y festividad de san Lorenzo, honor de nuestra patria y gloria de nuestra religion, pidámosle su intercesion para que favorezca nuestros deseos de ser grandes delante de Dios, y para esto no le pidamos los bienes de la tierra sino los del cielo, no que nos libre de los males de la tierra, sino de los fuegos del infierno. Que encienda en nosotros la llama del amor divino que ardía en su corazón, y que nos haga prontos y fervorosos en el cumplimiento de la ley de Dios, y apague las llamas de nuestros vicios que tanto nos dominan y nos pierden; para que sirviendo como siervos fieles á Jesucristo en esta vida, nos honre y engrandezca el Padre celestial en la gloria. Amen.